

“Las víctimas no son peruanos”. A propósito del VI Aniversario de la CVR

miércoles, 09 de septiembre de 2009

Mariano Aronés Palomino

Antropólogo, graduado en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga

Hay un consenso, casi general, que denuncia la guerra interna de las dos últimas décadas, como una de las más letales de nuestra historia. La Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) la sentenció como la “...marca de horror y deshonra para el Estado y la sociedad peruanos”. Antes, Carlos I. Degregori (1996: 15) la había comparado con “...aquella entre los orejones cusqueños y la Confederación Chanca, que asoló la región (Ayacucho) y provocó una diáspora de mitimaes por todos los andes en el siglo XV”. Otros, como Nelson Manrique (1988, 17- 25) lo hicieron con la Guerra del Pacífico o la misma conquista española de 1532, en tanto sus secuelas todavía gravitan la conciencia nacional.

En efecto, según la CVR el número de víctimas a nivel nacional bordean las 70 mil, de las cuales el 40 % corresponde a la región de Ayacucho, epicentro del conflicto, y que en términos numéricos equivaldría más o menos a 28 mil, lo que me permite decir que casi ningún ayacuchano puede sentirse ajeno al problema, pues directa o indirectamente el conflicto nos llegó. Se trata, sin lugar a dudas, de una verdadera tragedia nacional, que remeció las fibras más íntimas de nuestra sociedad. Sin embargo, me apena decirlo, aquella tragedia no nos convoca, no nos moviliza, no existe, como diría Nelson Manrique, un sentimiento de tragedia nacional; por el contrario la indiferencia y la frivolidad, así como el olvido y la impunidad son los que caracterizan el periodo posconflicto. (1)

¿Qué pasó entonces? ¿Cómo es que aquella tragedia nacional, regional, para ser más específico, no devino en un espacio de lucha política/reivindicativa que busque establecer el tema de los derechos humanos como ámbito específico de las relaciones Estado-sociedad en el Perú? En palabras simples, ¿cómo es que terminamos eligiendo a Alan García, responsable tal vez, al menos político, de muchos de los eventos ocurridos durante su primer gobierno? ¿Curioso no? Mientras condenamos a 25 años de cárcel a Alberto Fujimori, su hija Keyko, se erige como una de las candidatas con mayores posibilidades para ocupar la más alta investidura del país.

Las respuestas a estas preguntas pueden ser muchas y hasta parezcan obvias, como por ejemplo el invocar la desmemoria de los peruanos, aún cuando sabemos que “el olvido está lleno de memoria” (Sandoval: 2003), porque como dice Ponciano del Pino (2008) los silencios y el propio olvido pueden también tener funciones propositivas en tanto se enmarca en la relación memoria, historia y política. Tal vez eso explique el por qué del pragmatismo político de los campesinos que hace que añoren a Fujimori porque en su gobierno les llevó carreteras, escuelas o agua potable, entre otros.

Sin embargo considero que hay un problema no resuelto aún y sobre el cual poco se ha reflexionado. Me refiero a la construcción semiótica de la palabra “víctima” del conflicto armado interno y, en el Perú, aún cuando la CVR haya enfatizado en ella, estableciendo que la

tercera parte de la totalidad de víctimas eran quechua hablantes, denunciando el racismo como una de las marcas principales del conflicto. Empero, se trata de cifras y una mera denuncia; además lo hace en tiempo pasado, como diciéndonos que el problema terminó cuando terminó el conflicto armado interno y que la podíamos superar cuando hagamos del “qatun willakuy”, una nueva narrativa en el cual nos viéramos representados todos. Sin embargo como nos consta a todos esta nueva narrativa no terminó representándonos, sino adornando los anaqueles de los más lúcidos intelectuales del país.

Empero, como sabemos, el presente tiene mucho del pasado. La idea del presente artículo es reflexionar acerca de cómo la sociedad peruana terminó construyendo semióticamente a las víctimas; qué elementos de nuestra historia y qué defectos y aciertos de nuestra sociedad terminaron haciendo de las víctimas del conflicto armado interno una especie de “seres indeseables”, a quienes nuestra clase política y el propio Estado le cuesta atender; pero también el por qué a nosotros mismos nos cuesta ver. Tal vez una “necropsia social” de nosotros mismos, como sociedad, nos ayude a explicar el por qué los ayacuchanos, por ejemplo, aún cuando todos fuimos víctimas, no terminamos involucrándonos en el tema, no terminamos haciendo de los derechos humanos un tema importante de nuestra agenda política.

He participado en múltiples eventos y actividades relacionadas a la agenda post CVR, que incluyen visitas a muchas comunidades del departamento de Ayacucho, y es esa especie de “descripción densa” el principal insumo de mi reflexión. Pero también he escuchado a nuestros políticos y a quienes administran el Estado y lo que he constatado es que casi nada ha cambiado desde Juan Ginés de Sepúlveda o el filósofo Deustua, para quien los indios no eran sino una máquina, indios sin alma e inadaptables a la educación.

No es mi intención encontrar la verdad y tampoco establecer la verdad, sino deconstruir las verdades (en plural) en relación al conflicto y al significado de las víctimas. (2) Porque considero que así como somos capaces de construir nuestras identidades, así también tendemos a construir nuestras representaciones; la sociedad, es al final de cuentas una representación dice Bourdieu (1991: 91); la cultura un “producto social” dice Kroeber (1917) y es semiótica en términos de Clifford Geertz.

En la línea de Geertz, propongo entonces un análisis hermenéutico del discurso, en tanto, como dije, “deconstruyo” las significaciones sociales construidas alrededor de las víctimas. En otras palabras, persigo “deconstruir” situaciones que muchas veces aparecen “extrañas”, irregulares o simplemente no explícitas.

Mi análisis del discurso se inscribe en la línea de Foucault, pues como propone Arturo Escobar, “...el discurso no está constituido sólo por palabras” y en palabras de Foucault las palabras no son: “...viento, un susurro exterior, una batir de alas que uno tiene dificultad de oír en el asunto serio de la historia... hablar es algo, algo distinto de expresar lo que uno piensa, mostrar que agregar a una frase una serie de frases preexistentes es ejecutar un gesto costoso y complicado (Foucault, 1972: 209). (3)

Así, el discurso aparece como una construcción o representación social anclado en la historia y la política; no hablamos por mero gusto, sino porque a través de ella expresamos lo que

fuimos, lo que somos y lo que queremos ser. El discurso no solo se reduce a las palabras, sino también a los gestos, a la risa, a las muecas, es decir al lenguaje corporal, porque muchas veces no son nuestras palabras las que hablan sino más bien nuestros “cuerpos sociales” o la “historia hecho cuerpo”. En ese sentido recorro al concepto de habitus propuesto por Bourdieu (1991) en tanto nuestros cuerpos y nuestros actos se afincan en “campos sociales”.

Nuestras practicas sociales aparecen entonces delimitadas sociohistóricamente, porque si el “habitus” se inscribe en la inmensa capacidad de reproducirse permanentemente y en completa libertad, también se halla delimitada por “las condiciones de su producción histórica y social (Ídem, 96), pero también al hecho de que son las élites las que dictan los códigos y que las clases inferiores se limitan a imitarlas; sin embargo creo que nuestros actos no se reducen a la simple imitación, sino también al hecho de que estos códigos entran en un espacio de negociación y reproducción y entonces ya no son necesariamente las élites las que dictan los códigos, sino más bien la sociedad; el lenguaje, la palabra, los gestos se convierten en una “industria social.”

Ahora bien, si asumimos tanto los “habitus” y los discursos como elementos sociohistóricos, entonces su reproducción implica el uso de espacios o escenas; no se dan en la nada si no en los marcos de la “geografía social”. Aquí, propongo el concepto de “drama social” acuñado por Víctor Turner (1975), en tanto espacio/escena en el que ponemos de manifiesto nuestra “performance” (actuación), que siguiendo a Erving Goffman (1980) invoca una relación entre las acciones del individuo y la definición que los otros llegan a tener de él. El individuo construye sus acciones con el interés de dar a los otros una impresión que a él le interesa obtener. El contexto histórico social hace que el individuo opte por un determinado tipo de comportamiento.

Hay una intención premeditada en nuestros actos, están reguladas y condicionadas histórica y socialmente. La sociedad se convierte en el escenario en el que actuamos permanentemente, moldeamos la cultura en lo que Schechner llamaría la “conducta restaurada”, pero al mismo tiempo “reflexiva”, en tanto carecen de originalidad y más bien adquiere la “marca” de la espontaneidad.

Dicho esto paso a hablar de lo que denomino la “educación peruana” y de discursos que no tienen sino como meta envilecer a las víctimas del conflicto armado interno. En tal sentido parto citando algunas frases celebres pertenecientes a nuestros políticos, por cuanto, como diría Carlos Iván Degregori, a través de ella los políticos dejan verse el fustán.

En primer lugar, con respecto a la masacre de Lucanamarca, el entonces “genio de la revolución”, Abimael Guzmán dijo lo siguiente: “Frente al uso de mesnadas y la acción militar reaccionaria respondimos contundentemente con una acción: Lucanamarca, ni ellos ni nosotros la olvidamos, claro ahí vieron una respuesta que no se imaginaron, ahí fueron aniquilados más de ochenta, eso es lo real y lo decimos (...) nuestro problema era un golpe contundente para sofrenarlos, para hacerlos entender que la cosa no era tan fácil (...) Ahí lo principal fue hacerles entender que éramos un hueso duro de roer, y que estábamos dispuesto a todo, a todo...”

Casi con esa misma lógica colonial, que subyace las palabras del “presidente Gonzalo”, el

otrora “heroico defensor de la patria”, Telmo Hurtado, justificó la matanza de Accomarca, que él mismo dirigió, en los siguientes términos:...según mi decisión que yo he tomado, yo la considero correcta. Según el punto de vista de ustedes y lo que están pensando en estos momentos, lo van a tomar de otra manera (...) uno no puede confiar de una mujer, de un anciano o un niño (...) los comienzan a adoctrinar desde los dos años, tres años, llevando cosas (...) poco a poco, a fuerza de engaños, de castigo van ganándolos a su causa”.

En el año 2000, en el calor de la campaña electoral y en plena plaza Sucre de Ayacucho, el entonces dictador Alberto Fujimori nos acusó, a quienes nos habíamos atrevido a desafiar su poder, a los universitarios de aquel entonces, de ser “rezagos del terrorismo”.

Tres años más tarde, en el 2003, en una de las audiencias públicas, organizadas por la CVR, el actual presidente Alan García declaró: “El Perú no perdonará, jamás olvidará, y jamás perdonará aquello que sufrió y aquello que vivió”. Con justa razón, la antropóloga norteamericana Kimberly Theidon (2003) se preguntaba: “quienes constituyen ‘El Perú que jamás perdonará’. Qué postura lujosa –decía la autora de ‘entre prójimos’- qué discurso fácil, qué lamentable falta de visión... Cuando la élite política criolla imagina la fraternidad que constituye ‘El Perú’, estamos seguros que no aparece la cara de ningún campesino quechuahablante” (Ídem: 255-256).

Por otro lado, en julio de 2006, en el marco de la Conferencia: “Perú: Desarrollo e inversión con equidad social” de la Global Crossing, y ante los miembros del Consejo de las Américas y la Sociedad de las Américas, Pedro Pablo Kuczynski, ex ministro de no sé cuantos gobiernos, pronunció el siguiente discurso: "Esto de cambiar las reglas, cambiar los contratos, nacionalizar, que es un poco una idea de una parte de los Andes, lugares donde la altura impide que el oxígeno llegue al cerebro, eso es fatal y funesto..."

Un año más tarde, cuando el dictador era traído en helicóptero de la ciudad de Santiago a la ciudad de Lima, su fanática seguidora Martha Chávez, declaró a CPN (25/09/07), a raíz del atentado fujimorista que sufriera el monumento “el ojo que llora,” lo siguiente: "Aplaudo que, de una vez, alguien tenga el valor de eliminar ese monumento basura. Si hubiera sido pariente de alguna víctima del terrorismo, yo misma hubiera ido con mi comba a quitar el nombre de mi pariente para que no esté junto con los nombres de los delincuentes terroristas..."

En este año 2009, el 23 de marzo, para ser más exacto, Aldo Mariategui se tapaba la nariz para rotular su periódico con el siguiente titular “Urge coquito para congresista Supa: Qué nivel”. Ciertamente constataba que en el Perú la estupidez era patrimonio de quines sólo saben escribir.

Y para coronar esta letanía racista, propio de la derecha más conservadora y fanática, cito una celebre frase que pertenece del actual inquilino de palacio, que a raíz de los hechos de Bagua, de junio último, declaró a la prensa: “Estas personas no son ciudadanos de primera clase, que puedan decir, 400 mil nativos a 28 millones del peruanos tu no puedes venir por aquí...”

Lo que constato es que así como Abimael Guzmán pretendía construir su partido desde la vértice hacia las bases y “machacar” las ideas de la gente con “acciones contundentes”, así también el Estado machaca su memoria “salvadora” sobre las memorias marginales y, claro,

con acciones contundentes como aquella forma escandalosa con que los políticos dividen el Perú. Como se puede notar en la “ecuación peruana” de Alan García, aparentemente la matemática no funcionaría bien, porque si le seguimos al presidente no serían 400 mil los que se enfrentaban a los 28 millones de peruanos, sino a 27 millones 600 mil; ¿o es que no somos 28 millones, sino 28 millones 400 mil peruanos? Empero, más allá del error o acierto de esta especie de “ecuación peruana”, lo que reluce ella es la representación sesgada y estúpida que tiene del Perú la clase política; es decir, que unos serían más peruanos que otros, en tanto, si soy del partido del gobierno y me alinee con su pensamiento, soy peruano; y si soy selvático y me opongo a sus leyes “venta patria”, dejo de serlo. ¿Qué derecho tienen los políticos para decir quien es peruano y quien no es? Al final de cuentas el Estado-nación, no es sino un artificio construido, imaginado para usar el concepto de Eric Hobsbawm (2002).

Lo que pasa es que esta “memoria salvadora” no es sino el paralelo de lo que fuera el espíritu colonial instaurada en el Perú desde el día en que llegó Pizarro, el cura Valverde y sus compinches hace más de 500 años. Por eso es que digo que nada ha cambiado desde Sepúlveda o Deustua, porque como dice Fidel Tubino una meta de la educación colonial, por ejemplo, era: “...lograr que los subyugados interiorizaran como auto imagen la imagen que los colonizadores tenían de ellos y, al mismo tiempo que interiorizaran como imagen de los colonizadores, la que ellos tenían de si mismos” (Tubino 2002, 56).

Lo que digo es que tanto la historia y la política hicieron que las propias víctimas termináramos interiorizando la imagen que los perpetradores y la propia clase política tienen de nosotros. Porque como dice Bourdieu las élites dictan los códigos y las clases inferiores se limitan a imitarlas. Por eso es que cuando nos referimos a las víctimas lo hacemos en tercera persona; porque la imagen que construimos como sociedad de nosotros mismos, como víctimas, es la de “terroristas”, de no peruanos; porque si pedimos sanción a los responsables, dejamos de ser peruanos y nos convertimos en “terrucos” y si acompañamos en sus marchas y manifestaciones a las madres de ANFASEP, (4) nos convertimos en “viejas terrucas”; y si las madres visten polleras y sus sombreros lapis, entonces nos convertimos en indios y como los indios no son peruanos y nosotros queremos ser peruanos, entonces abandonamos la marcha y miramos de la esquina la marcha de los “terrucos”, de las “viejas terrucas” y de los indios. Calza bien aquí parafrasear a Marisol de la Cadena (1992), puesto que así como “las mujeres son más indias”, así también podemos decir que las “víctimas son más indios”.

Me duele decirlo, pero esta es la tragedia del Perú, tragedia surgida con la conquista, porque en el mismo instante en que era capturado Atahualpa nacía una “sociedad basada en el engaño” (Degregori, 1994: 120); se erigía una sociedad partida en dos, la de “los hijos de Dios” y la de los “indios sin alma”. Y es esta sociedad, partida en dos, la que todavía reluce el discurso político en el Perú de hoy. El indio, raro, exógeno, primitivo, salvaje, comenzó a ocupar un ámbito específico en la relación poder- saber, en términos de Foucault; relación que no logró superarse, aún cuando tres siglos después llegara la independencia. Diversos intelectuales como Gonzales Prada y Mariátegui, o Alberto Flores Galindo y Cecilia Mendes denunciaron el proceso de la independencia como un proceso que no significó, de modo alguno, la redención del indio; aún cuando desde los primeros españoles, hasta los precursores de la independencia idealizaron el pasado Inca. ¿Acaso no es cierto, que en la actualidad los

indios del Cuzco solo sirven para tomarse una foto y luego taparnos la nariz? La frase “Incas Sí, Indios no”, de Cecilia Mendes (1993) da cuenta de esa lógica colonial que acompaña la política en el Perú, desde sus albores, hasta nuestros días.

Mariátegui, el de los “7 ensayos”, hablaba del “pecado original” que había significado la conquista en el Perú. Cada vez me convenzo que extirparla jamás a de ser tarea de los de arriba, sino tarea de los de abajo.

Notas:

(1) Con la salvedad de algunos casos que terminaron en sentencias condenatorias. El más importante la condena a 25 años de cárcel del dictador Alberto Fujimori Fujimori. Sin embargo, así como fue condenado Fujimori y varios de sus secuaces, así también se dieron nuevos casos, sobre los cuales se levantaron mantos de impunidad. En qué quedó el caso de los dos campesinos de Acos Vinchos, asesinados por la policía en el marco del paro nacional de la Junta Nacional de Regantes en febrero de 2008? ¿En qué quedó el caso del bombardeo de la zona de Viscatán como parte del operativo “Excelencia” del Ejército peruano, en agosto de 2008, que terminó con la muerte de muchos lugareños y denuncias de desapariciones? ¿En qué quedará el caso de la muerte de policías y civiles con motivo de la última asonada de la zona de Bagua? Tal vez agachemos la cabeza y murmuramos “en nada”. Se trata pues de la larga historia de impunidad en el Perú.

(2) Debo decir que me es imposible establecer una mirada apolítica del problema, aún cuando el enfoque liberal de la producción del conocimiento establezca la aparente separación entre la ciencia y la política, porque como dice Edward Said, autor del célebre “orientalismo” “... el conocimiento es algo menos parcial que el individuo que lo produce... por tanto este conocimiento no puede ser no político... el consenso general y liberal que sostiene que el conocimiento ‘verdadero’ es fundamentalmente no político... no hace más que ocultar las condiciones políticas oscuras y muy bien organizadas que rigen la producción de cualquier conocimiento” (Said, 1990: 29).

(3) Citado en Escobar, 1996: 404-405.

(4) Siglas de la Asociación Nacional de Familiares de Detenidos, Secuestrados y Desaparecidos del Perú. Sobre la soledad de esta asociación véase Tamayo, 2003: 95-134.

Bibliografía citada

BOURDIEU, Pierre
1991 “El sentido práctico”. Madrid: Taurus. Cap 2.

DEGREGORI, Carlos Iván y otros
1996 “Las Rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso”. Lima: IEP / UNSCH.

DEL PINO, Ponciano

2008 "Comunidad, política y la producción de la memoria y los silencios". Conferencia Internacional: "Inequidades persistentes, memoria, justicia y reformas institucionales en una sociedad posconflicto". IEP, agosto de 2008.

ESCOBAR, Arturo

1996 "La invención del Tercer Mundo". Editorial Norma. Cap. 1.

GEERTZ, Clifford

1987 "La interpretación de las culturas". Mexico: Gedisa. Parte 1, cap. 1.

GOFFMAN, Erving

1980 "La presentación de la persona en la vida cotidiana" Buenos aires: Amorroutu

KROEBER, Alfred

1917 "Lo superorgánico". En: KAHN, El concepto de cultura: textos fundamentales. Barcelona: Editorial Anagrama.

MANRIQUE, Nelson

1988 "Yawar Mayu: sociedades terratenientes serranas (1879-1910) Lima: IFEA-Desco.

MÉNDEZ, Cecilia

2000 "Incas sí, indios no: Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú". Lima: IEP.

SANDOVAL, Pablo

2003 "'El olvido está lleno de memoria'. La matanza de los estudiantes de La Cantuta". En: DEGREGORI, C.I (editor), "'Jamás tan cerca arremetió lo lejos'. Memoria y violencia política en el Perú". Lima: IEP

TAMAYO, Ana María

2003 "Anfasep y la lucha por la memoria de sus desaparecidos". En: DEGREGORI, C.I (editor), "'Jamás tan cerca arremetió lo lejos'. Memoria y violencia política en el Perú". Lima: IEP

THEIDON, Kimberly.

2003 "Entre Prójimos: el conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú". Lima: IEP.

TUBINO, Fidel

2002 "Entre el multiculturalismo y la interculturalidad: Más allá de la discriminación positiva". En: FULLER, Norma (editora) Interculturalidad y Política: Desafíos y Posibilidades. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, pp. 51-76.

TURNER, Victor

1975 "Dramas, fields anda metaphors. Symbolic action in Human Society. Cornel University Press.